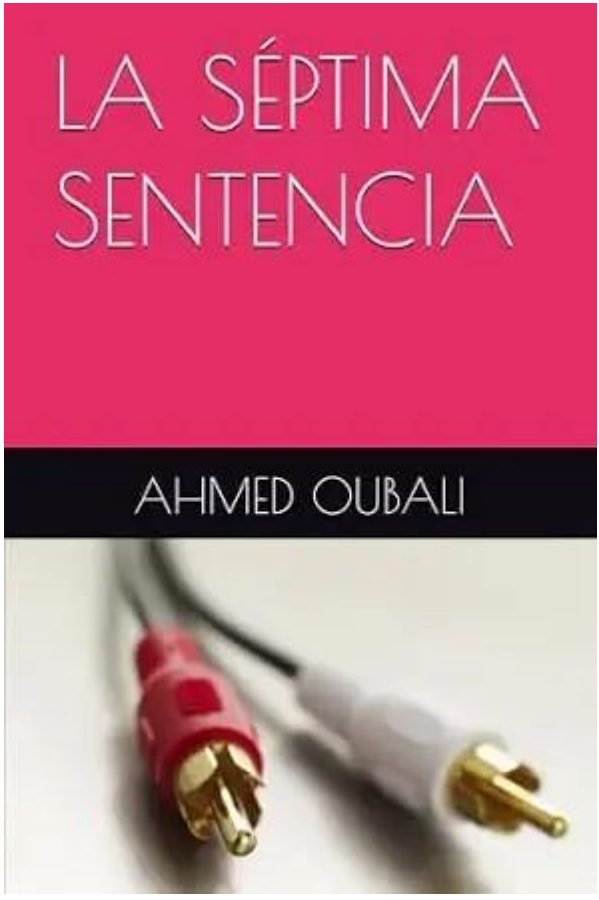
Cómo se hizo

LA SÉPTIMA SENTENCIA

AHMED OUBALI



RESUMEN

El presente estudio expone **el proceso creativo** de *La séptima sentencia* como una de las propuestas más originales de la narrativa policial marroquí contemporánea escrita en español. Más que un simple cyber-thriller, la obra configura un subgénero policial de alta tecnología donde la informática forense, la identidad digital y la arquitectura inteligente constituyen instrumentos narrativos al servicio de una reflexión mucho más amplia sobre la impunidad, los límites de la justicia y la lucha contra la cibercriminalidad. Mediante una compleja organización temporal basada en la alternancia entre el presente de la investigación y los expedientes judiciales del pasado, la novela transforma el modelo clásico del *'whodunit'* en una exploración ética sobre dicha reflexión. Desde la narratología contemporánea, la semiótica cultural y la filosofía del derecho, la novela demuestra que la revolución digital no modifica la naturaleza del crimen, sino únicamente las formas mediante las cuales el criminal, la vigilancia y el castigo se manifiestan.

Palabras clave: *thriller judicial, identidad digital, narratología, semiótica, vigilancia tecnológica, literatura marroquí en español.*

Este estudio consta de dos componentes:

I. ESTRUCTURA GENERAL DE LA NOVELA

A. SINOPSIS de la NOVELA

B. RESEÑA EDITORIAL

EL primer cyber-thriller de la literatura marroquí en español

La séptima sentencia inaugura una nueva dirección en la narrativa policial marroquí escrita en español al fusionar el enigma clásico con la tensión tecnológica del ciber-thriller contemporáneo. En la enigmática isla atlántica de Esmeralda Verde, un enclave de pasado colonial y arquitectura hipermoderna donde el lujo convive con una sofisticada infraestructura digital, una sucesión de muertes cuidadosamente planificadas desata una investigación que desafía los límites entre la justicia, la memoria y la venganza.Tras una impecable estrategia de seducción digital, cada víctima es atraída mediante identidades virtuales falsas hasta convertirse en protagonista involuntaria de una ejecución retransmitida en directo. Antes de morir, todas deben enfrentarse a un juicio inesperado: el de un pasado que creían definitivamente sepultado. Mientras la inspectora Ghita Mansouri reconstruye el hilo invisible que une los crímenes, la isla revela un entramado de secretos donde

la impunidad parece haber echado raíces mucho antes de la llegada del asesino.

Con una arquitectura narrativa de precisión, una atmósfera de creciente inquietud psicológica y un ritmo cinematográfico que mantiene la tensión hasta la última página, la novela combina investigación criminal, informática forense, manipulación digital y dilemas éticos propios de la sociedad hiperconectada. Los escenarios inteligentes, la vigilancia tecnológica y la memoria judicial se integran en una trama donde cada revelación obliga al lector a reinterpretar cuanto creía saber.

Lejos de reproducir los modelos tradicionales del género, La séptima sentencia propone una renovación de la ficción criminal de expresión española inaugurada por el autor en Marruecos. Al incorporar los códigos del ciber-thriller, Ahmed Oubali amplía los horizontes de la literatura hispanomarroquí y abre un espacio prácticamente inexplorado dentro del panorama narrativo del mundo árabe, donde el suspense psicológico, la reflexión sobre la justicia y la tecnología convergen en una propuesta de marcada personalidad.

Una novela de intriga elegante, absorbente y profundamente contemporánea, destinada a los lectores que buscan algo más que descubrir al culpable: comprender hasta dónde puede llegar un ser humano cuando la ley deja de ofrecer respuestas.

Carlos J. Rascón, escritor y periodista.

1. Del *'whodunit'* clásico al thriller judicial de alta tecnología

Aunque *La séptima sentencia* dialoga abiertamente con la tradición inaugurada por Agatha Christie, la novela no reproduce los mecanismos del enigma clásico, sino que los desplaza hacia un escenario característico del siglo XXI. El aislamiento deja de depender exclusivamente de un espacio cerrado (como el de *Diez negritos*) para construirse mediante una sofisticada infraestructura tecnológica capaz de controlar la comunicación, la movilidad y la identidad digital de los personajes. La isla de Esmeralda Verde sustituye así a la isla del Soldado, la mansión victoriana o al tren detenido por la nieve, convirtiéndose en un laboratorio narrativo donde convergen la sofisticación tecnológica, el aislamiento geográfico y la tensión psicológica propia del thriller contemporáneo. El crimen ya no consiste únicamente en descubrir quién mata, sino en comprender qué relación existe entre las ejecuciones presentes y unas sentencias pronunciadas décadas atrás por los tribunales de Casablanca.

2. Esmeralda Verde: la isla como personaje narrativo

Uno de los mayores logros de la novela reside en la construcción de este espacio como un auténtico personaje literario. Su pasado colonial, su estatuto singular, su condición insular y su extraordinario desarrollo tecnológico configuran un espacio que participa activamente en la acción. La isla deja de ser un simple decorado para convertirse en el escenario donde convergen memoria y modernidad, lujo y aislamiento, transparencia digital y opacidad moral. Sus edificios inteligentes, sus urbanizaciones automatizadas y sus sistemas de vigilancia no representan únicamente avances tecnológicos, sino la materialización física de una sociedad convencida de que toda amenaza puede neutralizarse mediante algoritmos. *La novela subvierte esa confianza al demostrar que ninguna tecnología resulta suficiente cuando el verdadero conflicto pertenece al ámbito de la conciencia. A la mente criminal.*

3. Memoria jurídica y arquitectura temporal

La estructura narrativa se organiza mediante una alternancia constante entre el presente de la investigación y diversos retornos al pasado que reconstruyen antiguos procesos judiciales desarrollados en Casablanca. Estos flashbacks no cumplen una función meramente explicativa; constituyen el mecanismo mediante el cual el lector comprende progresivamente que la investigación criminal y la memoria judicial forman parte de un mismo sistema narrativo. Cada regreso al pasado modifica la interpretación del presente y convierte los expedientes archivados en auténticos motores de la intriga. La novela demuestra así que la sentencia judicial puede clausurar un procedimiento, pero no necesariamente el conflicto moral que lo originó.

4. Identidad digital y máscaras narrativas

Otro de los ejes fundamentales de la novela reside en la representación de la identidad digital como espacio de construcción narrativa. Las figuras virtuales de Lina y David Larsson simbolizan la extraordinaria capacidad de la tecnología contemporánea para fabricar apariencias verosímiles y establecer relaciones afectivas sustentadas exclusivamente en la confianza digital. La obra no presenta la inteligencia artificial ni la manipulación tecnológica como protagonistas del relato, sino como instrumentos capaces de amplificar conflictos humanos mucho más antiguos: la seducción, el engaño, la ambición y la necesidad de reconocimiento. La máscara virtual deja así de ser un simple recurso argumental para convertirse en *una metáfora de todas las identidades sociales construidas sobre la simulación.*

5. Justicia, impunidad y responsabilidad moral

El verdadero núcleo temático de *La séptima sentencia* no reside en la tecnología, sino en la tensión permanente entre

legalidad y justicia. La novela plantea una pregunta cuya complejidad atraviesa toda la tradición universal del pensamiento jurídico: ¿puede una sentencia firme agotar por completo la dimensión moral de un crimen? Sin ofrecer respuestas simplistas, el relato explora las consecuencias de esa interrogación mediante una construcción narrativa que evita transformar el conflicto en una mera oposición entre héroes y villanos.

La investigación criminal termina convirtiéndose en una reflexión sobre la efectividad del sistema judicial que algunos individuos oportunistas y turbios (los siete personajes de la novela) dinamitan y corroen mediante corrupción y el abuso del poder económico.

Conviene recordar que la corrupción es una plaga mundial y no afecta solo a un país determinado. Lo mismo sucede con la cibercriminalidad, el segundo delito denunciado y condenado por todos.

6. Conclusión

La séptima sentencia representa una aportación singular al desarrollo de *la narrativa policial marroquí de expresión española* al integrar la tradición del misterio clásico con las preocupaciones jurídicas, tecnológicas y éticas propias de nuestro tiempo.

La originalidad de la obra no depende exclusivamente de sus recursos informáticos ni de la sofisticación de su arquitectura narrativa, sino de la capacidad para transformar la investigación criminal en una indagación sobre los límites de la responsabilidad humana. Gracias a la creación de Esmeralda Verde como espacio simbólico, a la articulación de una compleja temporalidad basada en la relectura de antiguos expedientes judiciales y a una constante reflexión sobre la construcción digital de la identidad, la novela trasciende las convenciones habituales del thriller para situarse en un territorio donde la ficción criminal dialoga con la filosofía del derecho, la sociología de la vigilancia y la narrativa contemporánea de la hipermodernidad.

II. ESTRUCTURA PROFUNDA DE LA NOVELA

(La pantalla y el estrado: culpa, tecnología y justicia)

Este apartado profundiza lo ya expuesto, proponiendo una lectura interdisciplinaria que integra la narratología contemporánea, la arqueología de los medios, la hermenéutica de la culpa y los estudios sobre el suspense cinematográfico para mostrar cómo la novela transforma la tecnología digital en un dispositivo narrativo subordinado a un conflicto esencialmente humano. Desde esta perspectiva, la novela presenta dos lecturas paralelas: una que se inscribe en la tradición del cyber-thriller y el mundo del crimen, y otra que propone una reflexión ética sobre la cibercriminalidad.

Introducción

Tecnologías del juicio, memoria de la culpa y espacio insular

La narrativa criminal contemporánea ha dejado de concebir el delito como un simple mecanismo destinado a sostener la intriga argumental para convertirlo en un instrumento privilegiado de exploración ética. En numerosas obras recientes, el interés del lector ya no depende exclusivamente de la resolución del enigma policial, *sino del examen de las condiciones morales que hacen posible el crimen y de las contradicciones que atraviesan a quienes pretenden combatirlo.* Desde esta perspectiva, *La séptima sentencia* se sitúa deliberadamente en un territorio fronterizo donde confluyen la novela policial clásica, el thriller tecnológico y la tragedia moral. Aunque su superficie narrativa está construida mediante perfiles digitales falsificados, sistemas domóticos, inteligencia artificial y retransmisiones en directo, el verdadero conflicto pertenece a una tradición universal mucho más antigua: la tensión permanente entre justicia, el móvil del crimen y la culpa.

La novela propone así un desplazamiento significativo respecto a los modelos tradicionales del '*whodunit*'. La pregunta central deja de ser quién comete los asesinatos para transformarse en otra mucho más incómoda: quién posee autoridad moral para

juzgar cuando el propio tribunal ha tolerado la impunidad de quienes debían haber sido condenados. Esta inversión modifica profundamente la arquitectura del suspense. El interés narrativo ya no reside únicamente en descubrir una identidad oculta, sino en observar por qué un orden institucional realmente sólido ha fallado en detectar irregularidades.

Esta reorientación conceptual encuentra su expresión espacial en Esmeralda Verde, la isla atlántica donde se desarrolla la mayor parte de la acción criminal. Lejos de funcionar como un simple decorado exótico, el enclave adquiere un valor estructural. Su condición insular introduce un espacio relativamente autónomo respecto del continente, donde convergen la sofisticación tecnológica, la memoria colonial, el lujo contemporáneo y una permanente sensación de aislamiento. La isla constituye un laboratorio moral en el que las reglas habituales parecen suspenderse, permitiendo que las contradicciones de la justicia institucional emerjan con una intensidad imposible en el espacio urbano convencional. La geografía deja así de desempeñar una función ornamental para integrarse activamente en la lógica narrativa del relato.

A ello se añade una circunstancia especialmente significativa desde el punto de vista literario. Escrita en lengua española por un autor marroquí, *La séptima sentencia* desplaza la literatura hispanomarroquí hacia *un territorio genérico no transitado.* Tradicionalmente vinculada a la memoria histórica, la identidad cultural o la experiencia fronteriza, *esta tradición incorpora aquí los códigos de la ficción criminal contemporánea sin renunciar a su especificidad geográfica y cultural*. El resultado no consiste únicamente en trasladar un modelo narrativo internacional al contexto magrebí, sino en demostrar que los grandes dilemas de la hipermodernidad —la vigilancia permanente, la espectacularización del crimen, la fragilidad institucional o la circulación digital de la identidad— pueden adquirir nuevas resonancias cuando son narrados desde un espacio periférico capaz de dialogar simultáneamente con Europa, África y el Atlántico.

1. Arquitectura de la intriga

Espacio insular, progresión narrativa y economía del suspense

La eficacia estructural de *La séptima sentencia* descansa sobre una arquitectura narrativa cuidadosamente escalonada que combina la precisión lógica de la novela policial clásica con los mecanismos psicológicos del thriller contemporáneo. Aunque la superficie del relato parece organizarse como una sucesión de asesinatos retransmitidos mediante plataformas digitales, la progresión dramática obedece en realidad a un diseño mucho más complejo, donde cada ejecución constituye un peldaño dentro de un proceso judicial clandestino concebido muchas décadas antes del inicio de la acción. La novela abandona deliberadamente la mecánica tradicional del *whodunit*, centrada en descubrir la identidad del culpable, para sustituirla por una interrogación de naturaleza mucho más dramática: el *por qué*.

Este desplazamiento convierte el suspense en un proceso de reconstitución psicológica del pasado. El lector deja de participar únicamente en un juego deductivo para enfrentarse progresivamente a la descomposición de la confianza depositada por el antagonista/ejecutor en las instituciones encargadas de administrar justicia.

La reorganización espacial del relato constituye uno de los cambios o aciertos más significativos al 'instalar' la trama en Esmeralda Verde. Su pasado colonial, su estatuto administrativo ambiguo y su extraordinario desarrollo tecnológico convierten el enclave en un territorio fronterizo donde confluyen tradiciones jurídicas diferentes, una intensa actividad económica y una arquitectura inteligente comparable a la de las grandes ciudades del Golfo. Esta condición híbrida transforma la isla en un auténtico laboratorio de la modernidad, un espacio donde el lujo extremo convive con una sensación permanente de aislamiento y donde la sofisticación tecnológica termina revelándose como una ilusión de seguridad.

Desde el punto de vista narratológico, la insularidad desempeña una función decisiva. La tradición del relato criminal ha utilizado con frecuencia la isla como mecanismo de clausura espacial, permitiendo reducir el número de variables y concentrar

la tensión dramática (el caso de *Diez negritos* de A. Christie). En cambio, *La séptima sentencia* reformula este procedimiento clásico: Esmeralda Verde no constituye un territorio físicamente inaccesible, sino un espacio hiperconectado con el resto del mundo mediante infraestructuras digitales, transporte marítimo y aviación privada. *Paradójicamente, cuanto mayor es su apertura tecnológica, mayor resulta el aislamiento moral de sus habitantes*. Los personajes pueden comunicarse instantáneamente con cualquier punto del planeta, pero permanecen atrapados dentro de una red de relaciones sociales y económicas que favorece la opacidad de los delitos cometidos décadas atrás. La isla deja así de ser una prisión geográfica para convertirse en *una prisión ética* donde la culpa termina cercando a quienes creían haber escapado definitivamente de la justicia.

La organización interna de la trama responde igualmente a una rigurosa lógica de progresión. Cada una de las ejecuciones representa una nueva fase del proceso de revelación narrativa y, simultáneamente, un nuevo estadio en la evolución psicológica de la inspectora Ghita Mansouri. Lejos de limitarse a acumular episodios violentos, la novela distribuye cuidadosamente la información para que cada muerte modifique el horizonte interpretativo tanto de la protagonista como del lector. Tras la segunda ejecución aparecen los primeros indicios de una planificación que desborda el crimen tecnológico convencional; después de la cuarta, la investigación incorpora nuevos sospechosos cuya aparente verosimilitud desvía por ahora la atención del auténtico responsable; finalmente, tras la sexta sentencia, *todas las hipótesis comienzan a derrumbarse al descubrirse que el asesino nunca había permanecido oculto, sino perfectamente visible desde el comienzo del relato*. La sorpresa final no procede, por tanto, de una aparición inesperada, sino del reconocimiento retrospectivo de un personaje cuya presencia constante había quedado neutralizada por la simpatía que inspiraba su falso comportamiento humilde.

En cuanto a la confesión inesperada del criminal, al desvelar su móvil en los últimos instantes, provoca un giro radical (o *plot twist*) que cambia por completo el rumbo inicial de la historia, obligando al lector a replantearse todo lo que ha sucedido, encajando las pistas previas de una forma

completamente nueva y satisfactoria. *Tras el desconcierto o asombro momentáneo se instala un recuerdo duradero en la mente del que lee.*

El desarrollo del suspense se apoya igualmente en una dosificación extremadamente precisa de la información. Ningún descubrimiento invalida completamente los anteriores; cada nueva revelación reorganiza retrospectivamente el significado de escenas ya conocidas. Esta técnica evita el recurso fácil al golpe de efecto y privilegia una forma de suspense acumulativo en la que la tensión nace del progresivo deterioro de las certezas iniciales.

El lector experimenta una constante sensación de proximidad respecto a la verdad, sin llegar nunca a alcanzarla completamente. La novela recupera así uno de los mecanismos más refinados de la tradición policial: *la construcción de una verdad siempre visible, pero sistemáticamente mal interpretada.*

La incorporación de los falsos perfiles de 'Lina' y 'David Larsson' participa igualmente de esta lógica estructural. Ambos avatares funcionan simultáneamente como instrumentos narrativos y como símbolos de una sociedad donde la identidad digital ha adquirido una credibilidad superior a la presencia física. Las víctimas no son capturadas mediante la fuerza, sino mediante una sofisticada ingeniería emocional que explota sus deseos, ambiciones y debilidades narcisistas. Antes de cada encuentro, el narrador introduce un breve monólogo interior donde cada personaje imagina la perfección de la futura cita, proyectando cenas refinadas, conversaciones íntimas, paseos junto al océano y encuentros amorosos que jamás llegarán a producirse. Estas secuencias cumplen una doble función: humanizan momentáneamente a quienes pronto serán ejecutados y convierten el deseo en el verdadero mecanismo de la trampa.

La seducción erótica deja de ser un elemento accesorio para integrarse plenamente en la economía del suspense.

Finalmente, el ritmo narrativo evita la aceleración constante característica de buena parte del thriller contemporáneo. Entre una ejecución y la siguiente, la novela introduce pausas dedicadas a la investigación, al análisis forense, a la reconstrucción de los antiguos procesos judiciales y, sobre todo, a los extensos flashbacks donde se reconstruyen los delitos

que permanecieron impunes décadas atrás en Casablanca. Estos regresos al pasado no interrumpen la tensión; por el contrario, la intensifican al demostrar que cada asesinato constituye la consecuencia diferida de una injusticia anterior. De este modo, la estructura completa de *La séptima sentencia* puede entenderse como un doble movimiento temporal: *mientras la investigación avanza hacia la identidad del asesino, la memoria retrocede continuamente hasta el origen de la corrupción que hizo posible toda la cadena de acontecimientos.* La convergencia final de ambos tiempos convierte el desenlace no solo en la resolución de un caso criminal, sino también en la culminación de un proceso de responsabilidad moral cuya verdadera sentencia había comenzado a dictarse mucho tiempo antes del primer asesinato.

2. Configuración psicopatológica
El antagonista como verdugo y sujeto trágico

Uno de los mayores logros narrativos de *La séptima sentencia* reside en la construcción psicológica del villano, personaje cuya complejidad trasciende ampliamente la figura convencional del asesino en serie presente en buena parte del thriller contemporáneo. La novela evita deliberadamente la representación del criminal movido por el placer de la violencia o la mera perversión psicológica. En su lugar, configura *un antagonista cuya conducta nace de una fractura existencial incubada durante décadas*. La violencia no constituye el origen de su identidad, sino la consecuencia extrema de una conciencia incapaz de convivir con el peso de sus propias decisiones. *El crimen aparece así como la culminación de un largo proceso interior de degradación moral y no como la manifestación espontánea de una personalidad psicopática.*

Esta elección modifica profundamente la percepción del personaje clásico. Este no pertenece a la tradición del asesino impulsivo ni al modelo del genio criminal fascinado por demostrar su superioridad intelectual frente a la policía. *Su inteligencia jamás se exhibe como espectáculo narcisista. Muy al contrario, permanece subordinada a una finalidad que él considera expiatoria.* Consciente de sus decisiones, deja de preocuparse por la conservación de su

prestigio social y orienta toda su capacidad organizativa hacia la ejecución de un proyecto concebido como una reparación imposible. La novela evita convertir el arrepentimiento en una simple función melodramática; funciona, más bien, como el catalizador que acelera un *trauma* incubado desde mucho tiempo atrás. Este no genera al verdugo, únicamente elimina las razones que todavía le impedían actuar.

Desde el punto de vista narrativo, la eficacia del personaje depende de una sofisticada estrategia de visibilidad controlada. El antagonista permanece presente desde los primeros capítulos, bajo las máscaras de Lina/David, participa activamente en la investigación, pero sin ofrecer pistas para orientar el trabajo policial. Sin embargo, cada una de sus intervenciones admite una doble lectura que únicamente se revela en el desenlace. *Solo retrospectivamente se comprende que aquellas pistas (las ejecuciones) constituían auténticas confesiones formuladas de forma implícita.* La novela construye así un extraordinario ejercicio de ironía dramática: *el asesino nunca oculta la lógica de sus actos*; es el prestigio asociado a su condición de verdugo lo que vuelve invisibles sus propias palabras.

Esta invisibilidad narrativa se encuentra estrechamente relacionada con la posición simbólica que ocupa dentro del universo ficcional. La mente asesina representa simultáneamente el recuerdo de un antiguo delito, la autoridad intelectual y el detonante de la trama.

Desde una perspectiva psicopatológica, resulta igualmente significativo que el antagonista nunca experimente satisfacción visible durante las ejecuciones. La violencia carece de cualquier componente lúdico o sádico. El relato insiste constantemente en la serenidad casi litúrgica con la que organiza cada operación, como si cada muerte respondiera a un ritual cuidadosamente reglamentado más que a un impulso destructivo.

Esta contención emocional distancia al personaje de los perfiles habituales del asesino serial y lo aproxima al sujeto trágico dostoievskiano, aquel que ejecuta acciones irreparables convencido de obedecer a una obligación superior.

Precisamente por ello, la novela rehúye cualquier diagnóstico psiquiátrico simplificador. El ejecutor no aparece reducido a una etiqueta clínica; constituye un individuo intelectualmente lúcido cuya desviación moral surge de la convicción de que el Derecho positivo dejó, en un momento dado, de cumplir la función para la que fue concebido.

En esta lógica adquieren especial relevancia los seis antiguos procesos judiciales reconstruidos mediante los sucesivos flashbacks. Cada expediente recuperado por la investigación revela un episodio diferente de corrupción, manipulación probatoria o utilización ilegítima del poder económico para obtener absoluciones. Estos regresos al pasado cumplen una función decisiva dentro de la economía psicológica del relato. No pretenden justificar los asesinatos, sino explicar el proceso de erosión interior sufrido por quien durante décadas contempló la progresiva manipulación delictuosa de la institución judicial.

La culpa que impulsa al antagonista no procede únicamente de haber participado en determinadas decisiones; nace sobre todo de haber permanecido demasiado tiempo en silencio mientras la corrupción convertía la excepción en costumbre.

La elección de Esmeralda Verde como escenario principal intensifica esta dimensión introspectiva. El asesino y sus víctimas parecen haberse refugiado en la isla buscando turismo y tranquilidad. Sin embargo, el espacio insular funciona exactamente al contrario. La distancia física respecto al continente amplifica el regreso constante de la memoria. Mientras el océano separa a los siete personajes de los antiguos tribunales donde se dictaron las sentencias injustas, los expedientes judiciales y los recuerdos continúan habitando la estancia, convirtiéndola en un archivo permanente de la propia conciencia. La isla deja así de representar un lugar de descanso para transformarse en el escenario donde el verdugo decide enfrentarse definitivamente con aquello que nunca consiguió olvidar.

La dimensión tecnológica del villano responde igualmente a esta lógica interior. Los perfiles ficticios de 'Lina' y 'David Larsson', las herramientas de inteligencia artificial, la clonación de

voz o los sistemas de domótica no constituyen fines en sí mismos. Son únicamente instrumentos puestos al servicio de una voluntad moral preexistente. *La novela evita presentar la tecnología como una fuerza autónoma capaz de generar violencia*. Toda la infraestructura digital permanece subordinada a la conciencia del antagonista. El verdadero peligro no reside en los algoritmos, sino en la capacidad humana para utilizarlos como prolongación de convicciones éticas profundamente alteradas. De este modo, el cyber-thriller adquiere una dimensión filosófica que desplaza el interés desde el funcionamiento de las máquinas hacia la responsabilidad de quien las gobierna.

Especial importancia adquiere asimismo la estricta correspondencia establecida entre el delito cometido por cada víctima y la naturaleza de su ejecución. Ningún castigo aparece distribuido al azar. *Cada muerte reproduce simbólicamente el ámbito profesional desde el cual el personaje obtuvo su impunidad años atrás.*

La diseñadora vinculada al fraude perece convertida en espectáculo mediático; la cirujana afronta la muerte dentro del mismo universo clínico que utilizó para ocultar su negligencia; el constructor termina atrapado por la lógica destructiva de la arquitectura con la que edificó su fortuna. Esta simetría dota al relato de una estructura próxima al *contrapaso* clásico, donde el castigo refleja materialmente el contenido moral de la falta cometida. Sin embargo, la novela evita presentar esta correspondencia como un acto de justicia auténtica. Muy al contrario, cada ejecución evidencia la incapacidad del verdugo para escapar de la contradicción fundamental que lo consume: *mientras pretende restaurar el orden jurídico, destruye definitivamente aquello mismo que desea salvar.*

La culminación de este proceso llega con la preparación de la séptima sentencia. A diferencia de los seis ajusticiamientos anteriores, esta última no persigue reparar una injusticia ajena, sino resolver la contradicción interior del propio verdugo. Este comprende que ningún proyecto depurador puede concluir mientras él mismo permanezca fuera del alcance del juicio que ha impuesto a los demás. Su muerte deja entonces de representar el fracaso de un criminal descubierto para convertirse en el

desenlace inevitable de una conciencia incapaz de concederse la absolución que durante años negó, permitió o toleró respecto a otros. En este instante, el thriller abandona definitivamente el terreno de la persecución policial para ingresar en el ámbito de la tragedia moral. *El último acusado no comparece ante un tribunal humano, sino ante la memoria de sus propias decisiones*, y es precisamente esa memoria —más que la investigación de Ghita o la eficacia tecnológica del Estado— la que termina pronunciando la auténtica séptima sentencia.

3. La impronta de Hitchcock

La construcción del suspense y la ética de la mirada

La deuda estética de *La séptima sentencia* con la tradición cinematográfica inaugurada por Alfred Hitchcock no debe entenderse como una simple acumulación de referencias argumentales ni como una reproducción mecánica de determinados recursos formales. La verdadera influencia hitchcockiana se manifiesta en la organización misma de la percepción narrativa. El suspense deja de depender exclusivamente del descubrimiento del culpable para instalarse en la administración del conocimiento, en la distribución desigual de la información y, sobre todo, en la progresiva transformación de la mirada del espectador. La novela comparte con el cine del director británico una convicción fundamental: *el miedo más profundo no nace de aquello que permanece oculto, sino de aquello que el lector observa constantemente sin llegar a comprender su verdadero significado.*

Esta inversión modifica radicalmente el funcionamiento tradicional de la novela policial. El interés ya no reside únicamente en responder a la pregunta "¿quién ha cometido los crímenes?", sino en explicar *por qué la verdad ha permanecido invisible pese a encontrarse siempre delante de todos*. El antagonista constituye el ejemplo más acabado de esta estrategia narrativa. *Su presencia constante de individuo ordinario construye un espacio de confianza que neutraliza cualquier sospecha.* El lector comparte el mismo error interpretativo que condiciona a Ghita Mansouri: identifica lo ordinario con la inocencia. El desenlace no introduce un personaje inesperado ni un dato arbitrario; obliga simplemente a

releer toda la novela desde una perspectiva diferente. En ello reside una de las características más refinadas del suspense hitchcockiano: *la sorpresa final no contradice la lógica del relato, sino que reorganiza retrospectivamente todos sus elementos.*

La configuración espacial de Esmeralda Verde intensifica este procedimiento. La isla funciona como un inmenso escenario cinematográfico donde cada desplazamiento, cada edificio inteligente y cada espacio abierto junto al océano participan en la construcción de una permanente sensación de vulnerabilidad. A diferencia de la ciudad contemporánea, donde la multitud favorece el anonimato, la isla convierte cualquier encuentro en un acontecimiento significativo. Nadie parece completamente aislado y, sin embargo, todos permanecen profundamente solos. Esta paradoja espacial recuerda uno de los principios más característicos del universo hitchcockiano: *la amenaza nunca procede exclusivamente del agresor, sino del propio entorno cotidiano*, que pierde progresivamente su familiaridad para convertirse en un escenario de incertidumbre.

La tecnología desempeña igualmente una función muy distinta de la que suele atribuirse al thriller digital convencional. Las plataformas virtuales, los sistemas domóticos, la inteligencia artificial y los dispositivos de vigilancia no aparecen como simples demostraciones de sofisticación informática. Constituyen prolongaciones contemporáneas del antiguo problema de la mirada. Desde las primeras páginas, las víctimas viven convencidas de controlar cuidadosamente la imagen pública que proyectan hacia los demás. Publican sus viajes, exhiben sus residencias de lujo, documentan sus relaciones sociales *y convierten su intimidad en un espectáculo permanente.* Paradójicamente, ese mismo deseo de visibilidad facilita la labor del asesino. La exposición constante termina sustituyendo al antiguo espionaje. *Ya no resulta necesario perseguir físicamente a las víctimas; basta con observar la información que ellas mismas ofrecen voluntariamente.*

La vigilancia abandona así su carácter represivo para transformarse en una forma de colaboración inconsciente.

Este mecanismo conecta directamente con una de las intuiciones centrales del cine de Hitchcock: el acto de mirar nunca es moralmente neutro. En *La ventana indiscreta*, la contemplación

del vecino termina convirtiéndose en una interrogación sobre la responsabilidad del observador. En *La séptima sentencia* ocurre algo semejante. Cada retransmisión en directo transforma a miles de espectadores en testigos involuntarios del castigo. Ninguno puede intervenir para impedirlo. Todos contemplan el desarrollo de la ejecución desde la seguridad de sus pantallas, convertidos en participantes pasivos de una violencia cuidadosamente escenificada. La novela introduce así una reflexión contemporánea sobre *la espectacularización del sufrimiento y sobre la progresiva banalización de la muerte dentro del ecosistema digital.*

Especial interés adquiere la construcción de los perfiles de 'Lina' y 'David'. Su eficacia narrativa no depende únicamente de la perfección técnica de las falsificaciones digitales, sino de la extraordinaria capacidad del asesino para comprender las necesidades afectivas de sus futuras víctimas. *Cada conversación, cada fotografía y cada mensaje privado son diseñados para ofrecer exactamente aquello que el interlocutor desea encontrar.* La seducción abandona cualquier componente puramente físico para convertirse en una sofisticada operación psicológica basada en la proyección idealizada del deseo. Antes de aceptar la cita definitiva, los personajes imaginan cenas frente al océano, paseos nocturnos por el puerto deportivo de Esmeralda Verde, conversaciones interminables bajo las terrazas iluminadas y encuentros íntimos capaces de romper la monotonía de unas vidas aparentemente exitosas. La trampa no consiste en la belleza del avatar, sino en la capacidad de reflejar los anhelos ocultos de quien observa la pantalla. *El verdadero protagonista de la seducción termina siendo el propio deseo de la víctima.*

La evolución de Ghita Mansouri participa igualmente de este dispositivo hitchcockiano. Su condición de inspectora formada en técnicas avanzadas de investigación tecnológica le permite interpretar con extraordinaria precisión los rastros digitales, reconstruir secuencias informáticas y comprender la lógica operativa del atacante. Sin embargo, esa competencia técnica resulta insuficiente para resolver el caso. Cuanto mayor es su dominio de la tecnología, más evidente se vuelve que el problema fundamental pertenece al ámbito de la conciencia humana. La investigación evoluciona así desde una lógica

informática hacia una reflexión jurídica y moral donde los expedientes judiciales, los antiguos procesos celebrados en el continente y las decisiones adoptadas décadas atrás adquieren mayor importancia que cualquier algoritmo. El progreso intelectual de la protagonista consiste precisamente en comprender que ninguna herramienta tecnológica puede sustituir la interpretación ética de los hechos.

Otro rasgo claramente hitchcockiano aparece en la progresiva inversión de los espacios de protección. *Las residencias inteligentes, concebidas para garantizar seguridad y confort, terminan convirtiéndose en cárceles electrónicas*. Los hospitales, símbolos tradicionales del cuidado de la vida, se transforman en escenarios de ejecución. Esta inversión funcional de los espacios cotidianos constituye uno de los mecanismos más eficaces para generar inquietud narrativa, pues destruye la confianza elemental que los individuos depositan en los lugares destinados a protegerlos.

El desenlace confirma definitivamente esta filiación estética. La resolución no culmina con una espectacular persecución tecnológica ni con un enfrentamiento armado de grandes proporciones. La tensión alcanza su punto máximo precisamente cuando desaparece el ruido de las máquinas. En la residencia de Esmeralda Verde únicamente permanecen el rumor del Atlántico, el lento funcionamiento del concentrador de oxígeno y el diálogo entre un antiguo maestro y la discípula que finalmente ha comprendido la verdad.

La espectacularidad informática cede paso al silencio.

La violencia física deja de ocupar el centro del relato para ser sustituida por el reconocimiento de una derrota moral compartida.

Ghita contempla el cuerpo agonizante del hombre que le enseñó a creer en la justicia mientras comprende que ninguna victoria policial podrá reparar completamente la fractura ética revelada por el caso.

En última instancia, *La séptima sentencia* incorpora la herencia de Hitchcock no como un conjunto de recursos formales fácilmente identificables, sino como una auténtica concepción del suspense. La amenaza nunca procede exclusivamente del asesino, sino de la fragilidad de las certezas sobre las que descansa la vida

colectiva. La confianza, la autoridad, la memoria, la ley e incluso la propia tecnología aparecen sometidas a un permanente proceso de revisión. El lector concluye la novela habiendo descubierto la identidad del culpable, pero comprendiendo al mismo tiempo que la verdadera incógnita permanece abierta: ¿cómo puede conservar su legitimidad una sociedad cuando quienes encarnaban la justicia terminan siendo también sus principales transgresores? Precisamente en esa pregunta, mucho más que en la resolución del enigma policial, reside la dimensión más profundamente hitchcockiana de la obra.

CONCLUSIÓN

El veredicto de la conciencia y la autonomía del espacio literario

El recorrido desarrollado a lo largo del presente estudio permite afirmar que *La séptima sentencia* representa una significativa reformulación de la narrativa criminal escrita en español desde el espacio magrebí. Bajo la apariencia de un cyber-thriller construido sobre identidades digitales falsas, arquitectura inteligente y delitos tecnológicos, la novela articula en realidad una tragedia moral cuyo verdadero objeto de reflexión no es el crimen, sino la erosión de la legitimidad jurídica cuando las instituciones no logran erradicar la corrupción. El desplazamiento del interés narrativo desde la pregunta clásica del relato detectivesco —"¿quién es el asesino?"— hacia una interrogante de naturaleza ética — "¿quién puede juzgar cuando el propia juez ha sido corrompido?"— *constituye la innovación estructural más relevante del proyecto.*

La elección de Esmeralda Verde como espacio único de la acción criminal desempeña un papel decisivo en esta reconfiguración estética. La isla no funciona únicamente como un enclave geográfico imaginario, sino como un laboratorio simbólico donde convergen aislamiento, memoria, tecnología y poder. Rodeada por el Atlántico, reúne elementos de frontera, modernidad e insularidad que permiten actualizar el motivo clásico de la isla cerrada sin reproducir los modelos tradicionales

del *'whodunit*. El aislamiento ya no depende de la imposibilidad física de abandonar el escenario, sino de una arquitectura tecnológica que convierte cada apartamento inteligente en una celda y cada pantalla en un estrado judicial. *El espacio participa activamente en la narración y se convierte en un auténtico agente dramático.*

Desde esta perspectiva, la infraestructura digital adquiere un significado radicalmente distinto del habitual en la ficción tecnológica contemporánea. Las redes sociales, la domótica, la inteligencia artificial o la clonación de voz no aparecen como objetos de fascinación técnica ni como simples recursos espectaculares. Constituyen prolongaciones materiales de una conciencia profundamente fracturada. La tecnología nunca sustituye la voluntad humana; únicamente amplifica la capacidad de un trauma antiguo para proyectarse sobre el presente.

La figura del ejecutor resume esta tensión con una extraordinaria densidad simbólica. El hombre termina revelándose como el arquitecto secreto de todas las ejecuciones. *Sin embargo, la novela evita convertirlo en un héroe vengador o en un villano convencional.* Su recorrido responde a la lógica de la tragedia clásica: el mismo hombre que durante décadas creyó en la ley *descubre que participó en la degradación del sistema que pretendía defender y decide asumir sobre sí la última sentencia.* La séptima ejecución, dirigida contra su propia persona, *rompe definitivamente cualquier posibilidad de interpretar la obra como una apología de la justicia privada.* El verdugo comparece finalmente como acusado, cerrando un proceso cuya única culminación posible es la autoinmolación.

La evolución de Ghita Mansouri resulta igualmente significativa. Como investigadora especializada en ciberdelincuencia, llega a Esmeralda Verde convencida de que la racionalidad forense y la tecnología bastarán para reconstruir los hechos. Sin embargo, el desarrollo de la investigación la obliga a enfrentarse a un territorio donde los datos ya no son suficientes para explicar la realidad. El descubrimiento de la identidad del asesino coincide con la pérdida de todas sus certezas jurídicas. La inspectora resuelve el caso, pero comprende simultáneamente que *ninguna resolución policial puede reparar el daño producido por décadas de corrupción judicial.* La verdad judicial aparece así escindida de la

verdad moral, desplazando el desenlace desde el terreno del procedimiento hacia el ámbito de la conciencia.

Desde el punto de vista formal, la novela establece un diálogo fértil con diversas tradiciones narrativas sin quedar subordinada a ninguna de ellas. Recupera la precisión estructural del relato de enigma elaborado por A. Christie, incorpora los mecanismos de tensión psicológica desarrollados por Alfred Hitchcock y adopta numerosos procedimientos del thriller tecnológico contemporáneo. Sin embargo, todos estos materiales son reorganizados para construir una tragedia ética donde el suspense nace menos de la incertidumbre acerca de la identidad del culpable que de la progresiva comprensión de la magnitud de su culpa. El lector termina descubriendo que la verdadera incógnita nunca fue la identidad del asesino, sino la posibilidad misma de preservar la justicia cuando quienes debían protegerla han contribuido a destruirla.

En este sentido, *La séptima sentencia* propone también una aportación singular al desarrollo de la literatura marroquí escrita en lengua española. Sin abandonar las preocupaciones históricas y culturales que han caracterizado tradicionalmente a esta amplia producción literaria, la novela incorpora de manera decidida los lenguajes del cyber-thriller, la ficción tecnológica y la novela criminal contemporánea. El resultado no consiste en una simple traslación de modelos anglosajones al contexto magrebí, *sino en la creación de un espacio narrativo propio donde los conflictos universales de la hipermodernidad dialogan con la memoria jurídica y política del norte de África.* Esmeralda Verde sintetiza esa vocación de universalidad: aunque imaginaria, su geografía permite pensar simultáneamente la frontera, el aislamiento, la riqueza, la vigilancia y la delincuencia.

En última instancia, el mayor acierto de la novela reside en negarse a ofrecer un desenlace moralmente tranquilizador. Ningún personaje abandona la isla plenamente victorioso; ninguna institución recupera intacta su autoridad; ninguna sentencia consigue restaurar por completo el equilibrio perdido. Lo único que permanece, mientras el Atlántico continúa golpeando incesantemente los acantilados de Esmeralda Verde, es la conciencia de que toda sociedad que tolera la impunidad

termina generando las condiciones para que surjan quienes pretendan sustituir la ley por la venganza.

Esa tensión irresoluble constituye el núcleo filosófico de la obra y explica que el auténtico tribunal donde concluye la novela no sea el espacio físico de la isla ni la pantalla de Facedbook, *sino la conciencia crítica del propio lector.*

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Christie, Agatha. *Y no quedó ninguno*. Madrid: Ed. Espasa, 2014.

Dostoyevski, Fiódor. *Crimen y castigo*. Madrid: Alianza Editorial, 2013.

Hitchcock, Alfred, dir. *La ventana indiscreta.* Paramount Pictures, 1954.

Kittler, Friedrich A. *Gramophone, Film, Typewriter*. Stanford: SUP, 1999.

Ricoeur, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.

Truffaut, François. *El cine según Hitchcock*. Madrid: Alianza Editorial, 2010.

Oubali, Ahmed. *La séptima sentencia*. Ed. Independently published, 2026, 170 páginas